



Vanden Berghe, Kristine. *Narcos y sicarios en la ciudad letrada*. Valencia: Albatros, 2019, 270 páginas.

Kristine Vanden Berghe, aunque reticente en un inicio, decide finalmente situarse en la periferia para intentar rescatar a dos manifestaciones literarias que han tenido un auge en Latinoamérica y que la crítica ha dado por llamar la *narcoliteratura* y la *sicaresca*. La autora realiza un estudio que no pretende ser total, sino complementario. Es decir, no busca abarcar el conjunto total de las novelas que se catalogan bajo dichas denominaciones. Al contrario, se centra en pocas novelas adecuadamente escogidas sobre las que profundiza con esmero. En ese sentido, se puede decir que *Narcos y sicarios en la ciudad letrada* es un estudio doblemente periférico, porque tanto la temática como la aproximación que la autora realiza sobre ésta se posicionan en los márgenes.

En cuanto a la temática, en la introducción se define con sencillez y claridad: “En realidad mi tema es bastante más específico, pues trata de la narrativa sobre la violencia asociada con el narcotráfico y encarnada en capos y sicarios a su servicio” (11). El acercamiento hacia las novelas que realiza la autora especifica aún más el estudio. Por un lado, el “enfoque se centra en el letrado y su responsabilidad en la violencia” (18). Por otro, restringe la figura del criminal — narco o sicario— al de nacionalidad colombiana. Además, procura examinar las novelas desde una perspectiva novedosa, de modo que “estas lecturas aporte algo nuevo a las interpretaciones ya existentes de las novelas y que estimulen reflexiones sobre nuestras sociedades contemporáneas y sobre nuestras responsabilidades como lectores” (22).

El libro consta de cinco capítulos y un interludio. La estructura parece responder al mismo concepto de especificación hacia la periferia que ya se ha mencionado. Comienza con una visión más general, globalizada, y poco a poco va reduciendo el espectro hasta la intimidad de los narradores, tal como sugiere que ha sucedido con el desarrollo de este tipo de literatura.

El primer capítulo se construye en torno a la relación del narcotráfico con el juego. Se toma la realidad de ese negocio criminal visto por escritores mexicanos, en la que se dibuja utilizando los conceptos desarrollados inicialmente por Johan Huizinga y posteriormente por Roger Caillois. El narcotráfico se compara con las guerras arcaicas, en las que cada bando sigue unas reglas definidas, permanece en la invisibilidad y no participa abiertamente en la realidad social del país. Sin embargo, ocurre la irrupción de un elemento foráneo que degenera el juego y desestabiliza el orden aparente. Este elemento es el narco colombiano, que no se ajusta a ninguna regla y siembra el caos.

El segundo capítulo propone una lectura alternativa de las novelas a partir de las nociones del narrador no fiable y los textos posibles. *Rosario Tijeras* aparece como la novela elegida para demostrar esta posibilidad de una lectura diferente, en este caso, en clave policial. La idea del narrador no fiable permite problematizar sobre la visión del escritor acerca del narcotráfico y el sicariato reflejado en la mirada del narrador. Sugiere que, aunque a primera vista el lector pueda pensar en una inclinación del escritor hacia los beneficios del crimen, en una segunda lectura — más bien, en una lectura paralela—, se puede reconocer la verdadera intención del escritor de construir un relato subalternista o de evidenciar como culpables a quienes sostienen el sistema inflexible de clases sociales y económicas.

El tercer capítulo se centra en la presencia de las ideas nietzscheanas en estos textos. El énfasis se coloca sobre las novelas de Gustavo Álvarez Gardeazábal *Comandante Paraíso* y *El divino*. Se presenta al mundo criminal dominado por la moral de los amos y la búsqueda de alcanzar el ideal del superhombre (Übermensch). También se destaca la polifonía en estas novelas y en muchas otras que tratan la temática del narco.

El interludio propone una relectura de *Crónica de una muerte anunciada* como novela que “no solo anuncia una muerte sino también la narrativa sobre el narcotráfico” (21). Bayardo San Román aparece como un posible narcotraficante y los hermanos Vicario como una figura paralela del sicario. Este apartado funciona como resumen de los anteriores al asentar lo expresado sobre la polifonía y la presencia de otros textos posibles según se realice la lectura; además, actúa como preludio de los siguientes capítulos donde se presenta, entre otras cosas, la repartición de la culpa entre todos los ciudadanos.

En el cuarto capítulo introduce el concepto del reparto de lo sensible de Jacques Rancière para analizar *Cartas cruzadas*, *Delirio* y *El ruido de las cosas al caer*. Detrás de las múltiples voces que aparecen en estas novelas, destaca el esbozo de un espacio reducido, íntimo. En esta intimidad se produce una mayor empatía con los personajes que, a su vez, genera una coincidencia del lector con la visión de los personajes sobre las verdaderas causas del narcotráfico y la violencia en el país. El reparto de lo sensible se refiere a la división de clases en la sociedad colombiana que no permite que la clase menos favorecida escale hasta la clase dominante que ostenta el poder. Las novelas del narco y de la sicaresca, por tanto, estarían denunciando el sistema hegemónico a través de un discurso subalternista.

Finalmente, el quinto capítulo enlaza con el anterior en cuanto que ambos tratan el trauma posterior a la violencia —en *El ruido de las cosas al caer*. Sin embargo, el último capítulo analiza una novela que pretende alejarse de la narrativa sicaresca: *El olvido que seremos*. En su intento por apartarse de una literatura que considera inferior, Héctor Abad Faciolince construye una obra en la que resalta tanto la ética como la estética en el tratamiento de la misma temática. Disminuye la polifonía para separar con claridad el bien del mal, los buenos de los malos, y escribe con un lenguaje culto, sin rebajarse a la utilización de modismos o coloquialismos que estima no solo innecesarios, sino contraproducentes. La autora rescata el intento sin posicionarse en la misma esfera de pensamiento; más bien, procura mantener la objetividad y señalar las posibles incongruencias. El análisis concluye que, aunque la novela busca ser anti-sicaresca, sigue manteniendo ciertos lazos de semejanza con aquello que rechaza.

En definitiva, *Narcos y sicarios en la ciudad letrada* es un estudio complementario al resto de análisis realizados sobre la literatura del narcotráfico y la sicaresca. Por tanto, se puede catalogar como un estudio periférico que busca rescatar lo que la crítica se ha empeñado en colocar en los márgenes o fuera de ellos. Kristine Vanden Berghe converge hacia la intimidad de los personajes para redimirlos y devolver a los escritores el valor real de su literatura. Sin embargo, el rescate que realiza la autora no es un intento de ensalzar lo deficiente. Se trata, más bien, del rescate de una literatura provechosa ante la incompreensión de una crítica superflua o malintencionada. La labor de la autora es satisfactoria y consigue su propósito. Escribir desde los márgenes, en el caso de este estudio, ya no significa escribir hacia adentro: la periferia se sostiene en su propio centro.

Gabriel Chávez Riera
Universidad Complutense de Madrid
gchavez@ucm.es